

✦ SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD ✦

"Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna."

— Juan 3,16 —

La Trinidad no es una fórmula matemática ni un problema filosófico, sino un diálogo eterno de amor entre personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu no pueden existir de manera aislada: su ser es relación. Dios es, por esencia, comunidad de amor.

La fe trinitaria no es abstracta sino que marca cada gesto litúrgico y cada momento de la existencia del creyente. El Bautismo, la Eucaristía, el signo de la cruz, el Gloria al Padre.

Una pregunta provocadora dirigida a la comunidad: ¿creemos de veras en ese Dios cálido? Y proyecta hacia afuera: quien vive esta fe trinitaria transforma el mundo introduciendo amor, amistad, compasión y justicia.

1. Trinidad como relación de amor

La Trinidad no es un problema aritmético ni metafísico. Es un misterio de relaciones: el Padre engendra al Hijo, el Espíritu procede de ambos. No pueden existir separados porque su ser ES relación. Como afirma el texto: 'La Trinidad es un diálogo eterno de relaciones de amor.'

2. Dios cercano / Dios compasivo

Frente al Dios omnipotente y lejano, las lecturas presentan a un Dios que 'se queda' con Moisés, que 'acompaña', que 'siente cariño'. Esta cercanía es el hilo que une el AT (Sinaí) con el NT (encarnación del Hijo).

3. Amor como omnipotencia de Dios

Un concepto provocador y liberador: 'Dios no puede sino lo que puede el amor infinito.' La omnipotencia no es poder arbitrario sino amor sin límites. Esto transforma radicalmente la imagen de Dios.

4. Salvación / No condena

Juan 3,17 es subrayado como afirmación central: Dios no envía al Hijo para condenar sino para salvar. Esto implica una autocrítica pastoral: el anuncio que condena no es el evangelio de Jesús.

5. Vida trinitaria del cristiano

La fe trinitaria no es especulación: se vive en el Bautismo, en la Eucaristía, en la oración, en el servicio al prójimo. Ser cristiano es ser 'trinitario': vivir desde el Padre, con el Hijo, animados por el Espíritu.

6. Cristo como luz para los que buscan en las tinieblas

La figura de Nicodemo —que viene 'de noche' pero busca la luz— representa a todo ser humano en búsqueda sincera. El Crucificado es presentado como fuente de luz para la vida más difícil y fracasada.

Podemos descubrir una espiral ascendente: partir de la liturgia, profundizar en la revelación bíblica, ascender a la contemplación del misterio trinitario, y descender de nuevo a la vida concreta del creyente y su misión en el mundo.

MOVIMIENTO	CONTENIDO	FUNCIÓN PASTORAL
Apertura	Contexto litúrgico pascual	Sitúa al oyente en la historia de salvación
Revelación	Exégesis de Ex, 2Cor y Jn	Fundamenta la fe en la Escritura
Contemplación	Misterio trinitario como amor	Transforma la imagen de Dios
Vida	Trinidad en el Bautismo y Eucaristía	Conecta doctrina y experiencia
Misión	Testimonio y anuncio al mundo	Proyecta hacia la transformación

"Dios no es un poder que nos amenaza. Dios es el Amor que nos busca, nos acompaña y no puede dejar de amarnos."

La Trinidad no es un dogma abstracto, sino la revelación del corazón de Dios. Y ese corazón es amor puro, sin mezcla de miedo, sin condicionalidades, sin amenaza.

Las tres lecturas convergen en este punto:

- El Padre del Sinaí se revela como compasivo y misericordioso (Éxodo).
- El Padre de Jesús es el 'Dios del amor y de la paz' (Pablo).
- El amor de Dios es tan grande que entrega a su propio Hijo para salvar, no para condenar (Juan).

La gran conversión que se propone es pasar de 'un Dios considerado como Poder a un Dios adorado gozosamente como Amor'. Esta conversión no es solo intelectual: transforma la manera en que oramos, en que nos relacionamos con los demás, en que vivimos la fe y en que la comunicamos.

La interpelación pastoral es clara: si los ateos rechazan a Dios, ¿qué imagen de Dios están rechazando? Si esa imagen es la de un Dios que condena, amenaza y juzga, quizás el problema no es su falta de fe sino nuestra falta de testimonio del verdadero Dios. El texto nos convoca a ser portadores de la imagen trinitaria de Dios: Padre que acoge, Hijo que camina con nosotros, Espíritu que nos vivifica.

«El Dios que no puede dejar de amarnos»

Celebramos hoy la Solemnidad de la Santísima Trinidad. No como si fuéramos a resolver un enigma teológico, sino para detenernos ante el rostro más verdadero de Dios: el rostro del amor que nos busca, que nos acompaña y que no puede dejar de amarnos.

En el monte Sinaí, Dios reveló su nombre a Moisés: no le dio una definición filosófica, sino una presentación personal. 'Soy compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.' Este es el Dios en quien creemos. Un Dios que no va de paso, sino que 'se queda' con nosotros.

Pablo, al final de su carta a los Corintios, resume toda la vida cristiana en una bendición trinitaria: la gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo. Tres dones que brotan de un único manantial: Dios mismo, que es comunidad de amor.

Y Juan nos regala la frase que es corazón del Evangelio: 'Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.' El amor fue primero. La iniciativa fue de Dios. Y ese amor es gratuito, sin condiciones, sin amenazas.

La Trinidad no es una ecuación. Es un misterio de relaciones: el Padre engendra al Hijo en un acto eterno de amor, y el Espíritu es ese amor que los une y desborda hacia nosotros. Un Dios que no puede existir solo, porque su ser mismo es donación. La omnipotencia de Dios, entonces, no es la del tirano que impone, sino la del amor que todo lo puede porque todo lo da.

Desde el primer día de nuestra vida en fe —el Bautismo— estamos envueltos en esta Trinidad. Cada señal de la cruz, cada Eucaristía, cada oración al Padre, con el Hijo, en el Espíritu, es una inmersión en ese océano de amor. Somos, de principio a fin, personas trinitarias.

Hoy la pregunta nos toca personalmente: ¿Quién es Dios para mí? ¿Un Ser lejano que me juzga o un Padre que me conoce y me ama? Si creemos de verdad en el Dios de la Biblia, nuestra vida sería más libre, más alegre, más llena de confianza. Y nuestro testimonio haría más fácil que otros puedan encontrar ese Dios que los ama también a ellos.

La Trinidad no es un dogma para especialistas: es el corazón del Evangelio. Y ese corazón late por nosotros. ¿Ahora qué haremos?:

1. Renovar la imagen de Dios

La primera tarea pastoral es liberadora: ayudar a nuestra comunidad a pasar del 'Dios que juzga y condena' al 'Dios que ama y salva'. Esto implica revisar el lenguaje de la predicación, la catequesis y la liturgia para que el Dios que anunciamos sea el de la Biblia: compasivo, cercano, fiel. Una homilía, un taller o un retiro sobre 'la imagen de Dios que llevo dentro' puede ser un primer paso concreto.

2. Hacer de la Trinidad una espiritualidad vivida

El texto nos recuerda que cada señal de la cruz, cada Gloria al Padre, cada Eucaristía es un gesto trinitario. La propuesta operativa es catequizar sobre estos gestos: enseñar a la comunidad a hacer la señal de la cruz con conciencia y reverencia, a comprender el saludo trinitario de la misa, a rezar el Gloria al Padre como profesión de fe. La Trinidad no es para teólogos: es para quien se santigua cada mañana.

3. Predicar el amor antes que la condena

Juan 3,17 es una advertencia pastoral directa: el que dice que Dios condena al mundo está distorsionando el Evangelio. La conclusión operativa es concreta: revisar si nuestro anuncio comunitario parte del amor de Dios o del miedo a su juicio. Construir una pastoral de la misericordia que sea, como dice el texto, 'verdadera terapia espiritual y psicológica' para quienes buscan a Dios.

4. Vivir la fraternidad como signo trinitario

La Trinidad es comunión: Padre, Hijo y Espíritu en diálogo eterno de amor. La comunidad cristiana debe ser el reflejo visible de esa comunión en el mundo. La propuesta es fortalecer los vínculos fraterni: encuentros de comunidad, gestión de conflictos desde el amor, atención a los más vulnerables. Como dice Pablo: 'El Dios del amor y de la paz estará con vosotros' si vivís en paz y con un mismo sentir.

5. Testimoniar ante los que buscan en la oscuridad

Nicodemo viene de noche: representa a los que buscan pero tienen miedo, dudas, o han recibido una imagen distorsionada de Dios. La propuesta operativa es crear espacios de diálogo para 'los que vienen de noche': encuentros para no creyentes o alejados, donde puedan hacer preguntas, sin ser juzgados, y encontrar el Dios del amor. El texto nos desafía: si presentáramos mejor el rostro trinitario de Dios, ¿cuántos ateos seguirían siéndolo?

6. Introducir amor en el mundo desde la convicción trinitaria

La conclusión más operativa de todas: 'Nada nos impide a cada uno introducir un poco de amor en el mundo. Es lo que hizo Jesús.' La Trinidad no termina en la oración: se prolonga en la acción. Construir la Iglesia de Jesús es construir la Iglesia del amor: amistad, compasión, justicia, ayuda a los que sufren. Cada bautizado, animado por el Espíritu, es un colaborador del gran proyecto del Padre para humanizar el mundo.